

Santa María Dominga Mazzarello

La madre de las Hijas de María Auxiliadora siempre dijo sí a Dios

María Dominga Mazzarello, la futura cofundadora con san Juan Bosco del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, nació en Mornese, un pueblecito perdido entre las colinas del Monferrato (Italia) el 9 de mayo de 1837. Primogénita de siete hermanos.

Los padres de María eran campesinos y cristianos cabales. Vivían su amor dentro de la sencillez de la vida campestre, María heredó de su padre la sensatez y un profundo sentido de lo concreto, y de la madre el valor para afrontar las diferentes situaciones con desenvoltura y sentido del humor. Y ambos le transmitieron aquella fe profunda que hace de la existencia una atención continua para construir sobre la roca: Cristo y Evangelio.

Hacia finales del año 1843, la familia de María se trasladó a la Valponasca, una casa de labranza de los marqueses Doria, cuyas viñas el padre empezó a cultivar en arriendo. María tuvo en la Valponasca una niñez serena. No había nacido santa. Como todos los niños, sentía gula por ciertas golosinas. Y se daba maña para satisfacerlas. Ante los huevos, por ejemplo, se le hacía la boca agua. Recordará más tarde, con pena, haber planeado pequeñas estrategias para no tomarlos a escondidas ni correr el riesgo de recibir un "no" de la mamá. Los distraía del gallinero, los escondía diseminados entre las vides y corría a avisar:

- ¡Mira, mamá, cuántos huevos entre las vides!

Y la buena mujer, como hablando consigo misma, comentaba: -¡Estas



pícaras gallinas! Sólo falta que tomen la costumbre de poner los huevos donde les dé la gana.

- Entonces- se apresuraba a preguntar la niña-, ¿puedo tomarme uno, ya que los hemos encontrado?

La chiquilla, tan sincera, no se perdonará fácilmente, ni siquiera después de muchos años, el caso de los quesitos. Estaban apilados cuidadosamente sobre la mesa, en la cocina. Y cada uno de ellos le decía ¡Cómeme! ¡Cómeme! Ella reaccionó dando un empujón a la mesa, y todos los quesitos se desparramaron.

Naturalmente alguno desapareció en la boquita voraz.

La mamá, al regresar, puso mala cara. Y miro a María. La niña ni se acusó ni inventó un cuento. Sólo dijo de manera evasiva: -¡Oh, estas puertas siempre abiertas! Ya se sabe, el gato se sale siempre con la suya... En fin, no faltaron las travessuras, pero tampoco faltó nunca un grande y buen corazón.

Cada tarde, casi a la misma hora, la mamá caía en la cuenta de que María o Maín (Marieta) como la llama-

ban familiarmente , desaparecía de circulación. - ¿ Dónde habrá ido a esconderse esta muchacha que trabaja infatigablemente y no pierde nunca ni un minuto? No tardó mucho en desvelarse el secreto. La ventana, que en la pared occidental de la casa de labranza se abría como un ojo sobre Mornese, y especialmente sobre la iglesia parroquial, se había convertido en un poderoso imán.

María sabía que cada tarde Don Pestarino, a la hora de vísperas, reunía a la población para la oración en común. A aquella hora, pues, la cita con Jesús eucarístico estaba allí, junto a la ventana.

En la Valponasca no había campesino que fuera capaz de superar en el trabajo a María. Cuando estaban desyerbando los campos o recogiendo las cosechas, los trabajadores exclamaban: «Lo que nos humilla es que, siendo nosotros hombres fornidos, siempre nos gana esta muchacha en cuanto a rendimiento en el trabajo».

1860. En pleno verano estalla el tifus por las colinas de Mornese El año anterior, la segunda guerra de la independencia ya se había llevado a algunos padres de familia. Ahora llega el tifus, que tiene su origen en uno de los pozos donde el agua se estanca y se pudre en el verano, sembrando el terror por aquella zona.

Igual que siempre que se esparce una enfermedad contagiosa, se vuelve a hablar de brujas y de mal de ojo. Microbios, higiene, desinfección... son palabras todavía desconocidas.

A las familias en que entra el tifus, todos las abandonan. Las casas en las que están sanos se atrancan.

Una familia Mazzarello está entre las primeras en ser castigada. Primero el varón, luego la mujer y finalmen-



La ventana, que en la pared occidental de la casa de labranza se abría como un ojo sobre Mornese, y especialmente sobre la iglesia parroquial

te todos los hijos. Al cabo de unos días el padre y el hijo mayor están en las últimas.

Don Pestarino, un sacerdote al que en Mornese llaman "curita" (un poco por pequeño y otro poco por simpático), va a ver a aquella gente y se da cuenta de que necesitan una persona que les ayude. Se marcha derecho a casa de los parientes Mazzarello, y llama a María. Es una muchacha fuerte. Tiene veintitrés años. Trabaja como un hombre y reza como un ángel.

- En casa de tu tío hay dos que se mueren. ¿Te atreves a ir y echar una mano? Una larga pausa.. María tiene miedo, como todos. El "curita" la mira tranquilo y espera.

María murmura: - Si mi padre me deja, voy.

María va a la casa afectada. El orden y la limpieza vuelven a reinar. Medicinas y alimentos calientes se sirven a sus horas.

Pero, mientras los enfermos se levantan curados, el tifus se apodera de María Dominga. Su hermosa cara

ovalada se reduce en pocos días a un triángulo de piel pálida y estirada. Llega el médico, mueve la cabeza. La muerte ronda por allí. Ordena otras medicinas. María, agotada, le dice:

- Gracias. Pero, por favor, no me obligue a tomar más píldoras. No necesito nada. Sólo que Dios venga por mí.

Pero todavía no había llegado su hora. Tiene que trabajar mucho en esta tierra, antes de que venga Dios a llevársela.

Así, sin píldoras, María se encuentra de repente sin fiebre. Vuelven los colores naturales a sus mejillas. Los miembros, sí, quedan todavía torpes, débiles. Parece que la altísima fiebre ha roto algo de su robusto organismo.

¿Qué hará ahora? Más de un mozo quería hablar de matrimonio con ella. Nada le falta para convertirse en una hermosa esposa y estupenda mamá. Pero ella no quiere oír hablar de eso. Y se pregunta: -¿Qué haré en la vida?.

